

EL FRENTE AMPLIO, UN HORIZONTE DE ESPERANZA

EL Frente Amplio se nutre de dos grandes corrientes de opinión. Una que confluye siguiendo el cauce de los partidos organizados; otra, no dirigida ni definida por afiliaciones políticas que moviliza a una considerable masa de opinión independiente.

La primera logra su concreción el 5 de febrero cuando un grupo, predominantemente de partidos, resuelve "constituir un frente político unitario —Frente Amplio— mediante la conjunción de las fuerzas políticas y la ciudadanía independiente que firman este documento, para plantear la lucha de inmediato, en todos los campos, tanto en la oposición a la actual tiranía o a quienes pretendan continuarla, como en el gobierno." Pero, como lo expresa el texto, los pactantes en el momento de suscribir su acuerdo reconocen la existencia de la otra corriente y la incorporan, con representación a todos los niveles, a la organización común.

Como consecuencia, el Frente Amplio se integra: por partidos diversos "donde cada uno de sus partícipes mantiene su identidad", por movimientos no partidistas, organizados, y, a nivel de militancia de bases especialmente, por núcleos de opinión inorgánicos que acatan la estrategia y disciplina comunes, pero que se mantienen al margen de toda afiliación sectorial.

No obstante la confluencia desde fuentes tan diversas el Frente ha logrado un alto nivel de coherencia ideológica y de militancia unitaria. Ello ha sido posible por la creación y mantenimiento de algunos instrumentos que afirman

la unidad: las candidaturas únicas a presidente y vice y a intendentes, la definición de un programa común, la determinación de una estrategia y de directivas tácticas que todos acatan.

Esa unidad se ha puesto a prueba en la preparación para las elecciones en la que los distintos sectores que integran el Frente tienden a afirmar su presencia por la vía electoral. Como es lógico la conquista de votos obliga a una tensa emulación que muchas veces se transforma en competencia, con peligro, si dominara el entusiasmo, de trasponer los límites impuestos por el deber de colaboración.

Pese a las diferencias sectoriales —que un análisis objetivo no debe olvidar— el Frente, en el panorama electoral del país, ha logrado una coherencia y una unidad orgánica que ninguno de los otros partidos ha alcanzado.

El obligado cauce impuesto por la ley de lemas —fuentes diversas que vierten sus caudales a través de la acumulación por sublemas, al lema común— no ha generado disensiones dentro del Frente Amplio. Por ello no ha descendido éste a la utilización de los recursos habitualmente utilizados por los partidos tradicionales: un candidato de "derecha" y otro de "izquierda" que concurren bajo un mismo lema; muchas fórmulas distintas y aún opuestas para acarrear sufragios a la mayoría; la mentida estrategia de la "lucha dentro del lema" que es en realidad una forma vergonzante de acumulación.

Pese a ser una coalición de partidos que

"mantienen su identidad", y provenir sus contingentes de orígenes diversos, —"colcha de retazos", conglomerado", se ha dicho— el Frente se presenta a la elección con una solidez unitaria que ya la quisieran para sí sus deshilvanados opositores. Es el único de los tres lemas que ofrece al votante la recta vía de un solo candidato presidencial y que no admite ni desviaciones subrepticias, ni transfusiones electoreras.

El comportamiento de los partidos y la presión de los sectores independientes, cuyo signo dominante es la unidad, han hecho posible esta conquista fundamental.

La creación del Frente Amplio fue un proceso gradual. Luego de intentos no muy afortunados —unos lejanos, otros más recientes promovidos ya en la lucha contra el pachequismo— el llamado de un grupo de ciudadanos independientes, el 7 de octubre del año anterior, precipitó la concurrencia a la unidad. Los partidos "de ideas" o "chicos", algunos con representación parlamentaria, otros sin ella, encontraron en la línea frentista la posibilidad de romper su marginamiento y salir de la situación de minoridad que no habían podido superar. Simultáneamente sectores importantes de los partidos tradicionales, que marcaron primero su disidencia y luego su separación definitiva de éstos, buscaron en su incorporación al Frente el ámbito propicio que fue negado a sus propósitos de cambio y renovación.

El mérito de los primeros radica fundamentalmente en haber facilitado la apertura, obrando para ello con desinterés y amplitud de miras; el de los segundos, haber interpretado con lucidez las exigencias del presente y haber desafiado, con audacia y con sacrificio, la ruptura con sus viejas alineaciones. En este sentido, se hace necesario reconocer que el camino que debieron recorrer los últimos, fue más difícil. Lo que da también la medida de sus merecimientos.

Para la corriente independiente la formación del Frente Amplio significó la concreción de viejas e insatisfechas aspiraciones. Anteriores tentativas habían fracasado: el Frente Popular de 1936, la Unión Popular y el FIDEL de 1962 —que, divididos, no lograron el propósito común—; en fin, la Mesa de la Unidad del Pueblo de 1965-66. Ahora el despotismo reinante, la crisis —mezcla de derrumbe económico, corrupción y venalidad—, la complicidad de los partidos grandes, el acelerado ritmo de enajenación, la violencia y la represión convertidas en método de gobierno, precipitan el deseo común de sacar al país del pozo en que lo han metido.

La respuesta popular es esta empresa política

que está en marcha victoriosa. Nunca tan rápida en su eclosión; nunca tan avasallante en su movilización.

El Frente Amplio es un hecho nuevo en la vida política del país. Se presenta, en su participación electoral, como una alianza de partidos que se adapta y funciona de acuerdo a las normas establecidas por la ley de lemas. Pero eso es sólo su aspecto formal y legal. En su esencia es una nueva forma de participación popular, hasta ahora desconocida entre nosotros.

Las masas frentistas no aceptan ningún vínculo de subordinación o de dependencia que signifique de algún modo su afiliación partidaria. La relación entre el ciudadano y el Frente no genera tutela ni imposición; como tampoco prestación y aceptación de favores, servicios o ayudas. Es una asociación libre, sostenida y fortalecida por la comunidad de ideas y por el paralelo mantenimiento de actitudes comunes.

Por esas razones la afiliación al Frente es un proceso de toma de posición; de concientización, como se dice ahora. Supone una definición ideológica, pero también una actitud moral. El Frente, en su organización y militancia, debe ser una gran escuela que ayude al ciudadano a convertirse en agente del proceso integral de cambio que transformará el país.

Para realizar esa tarea de docencia cívica la inventiva popular ha creado los comités de base.

En todo el país los hay: en las ciudades, en los pueblos, en los barrios; en las fábricas, en las empresas, en los grupos de ocupación, en los sectores gremiales, en los centros de trabajo. En ellos está la presencia del pueblo y constituyen la vía más directa para el encauzamiento de la acción popular. Centros de educación política y de adoctrinamiento, representan hoy la más importante empresa de docencia ciudadana que ha conocido el país.

Su éxito y multiplicación se debe a que llenan una necesidad. Los tradicionales centros políticos de reunión, los clubes, han degenerado, con la corrupción del sistema, a meras agencias de enganche electoral, a cambio de la prestación de pequeños servicios. Una "tarjeta de pobre", una cama de hospital, el trámite de una jubilación, o la promesa de un empleo, son atractivos más que suficientes para cambiar el voto por un favor. La organización electoral de los partidos se basa, en buena parte, en este comercio, cuyos agentes e intermediarios son los caudillos y caudillitos locales.

Frente a esta degeneración del club político, que ha envilecido la relación entre el ciudadano común y el dirigente y ha abierto un vacío en

la formación cívica de aquél, los militantes trentistas en su afán de dignificar las relaciones políticas crearon este tipo de nucleamiento popular. Como institución nueva no han logrado todavía los comités de base el pleno reconocimiento a su capacidad rectora y a su condición de intérpretes de las inquietudes de las masas. Función que, además, ha sido desbordada por las exigencias de la apremiante campaña electoral. No obstante su breve actividad, no hay duda ya de que estos comités ofrecen perspectivas insospechadas para la afirmación de la militancia y la participación popular, en las futuras actividades del Frente.

El ciudadano del común — y más aún el vecino a nivel municipal— convertido en protagonista y promotor del cambio, tiene en el comité de base, su centro natural de operación.

La confluencia de corrientes diversas de militancia obligó a la conjunción y ensamblamiento de distintas orientaciones ideológicas: cristianos, marxistas, demoliberales, blancos, colorados, socialistas, tendencias diversas de la izquierda revolucionaria. Pero la coordinación en la acción exige un mínimo de coherencia en la doctrina.

Tradicionalmente en el contexto político del país, coexisten bajo un mismo partido diversas líneas de opinión. Es la función asignada al lema. Reunir en una militancia común corrientes ideológicas, las más variadas y contradictorias. El populismo y el cesarismo, la libre empresa y el proteccionismo, el antimperialismo y la sumisión entreguista, conviven en medio de nebulosa confusión, bajo el lema, única garantía de unidad. Se trata de armazones artificiales, sin vida y sin médula. Continentes identificados por un rótulo, cualesquiera sean los ingredientes que contengan.

En el Frente Amplio la coherencia en el orden de las ideas se inició con el análisis de los grandes problemas nacionales y, como no podía ser de otro modo porque ahí están la razón y la esencia de la nacionalización, siguió el hilo conductor de la tradición artiguista. Nacionalismo, antimperialismo, democracia popu-

lar, latinoamericanismo, defensa de los derechos y libertades de los ciudadanos, participación popular en el desarrollo, racional e intensiva utilización de los recursos nacionales —especialmente los humanos—, paz social, reforma de todo el aparato estatal, etc., son aspectos de la realidad nacional más que suficientes para definir e impulsar la tarea común. En seis breves capítulos, las bases programáticas dieron la necesaria coherencia a la acción. Por encima de las diferencias de orden especulativo está el país hundido, que hay que reflotar.

Pero para construir un nuevo Uruguay hay que conquistar el poder. La lucha electoral es una instancia fundamental para esa conquista. Por eso el Frente la encara como su más importante empresa nacional en esta primera etapa de su participación política.

Unidad en el diagnóstico y en la proposición de las soluciones y militancia común para lograrlas. La unidad del Frente Amplio es esencialmente diferente de la que exhiben los partidos tradicionales, armada al reparo de las tramposas disposiciones de la ley de lemas.

El Frente Amplio, a los nueve meses de su nacimiento, ha roto, con su sola presencia, el sistema tradicional del bipartidismo. Hasta ahora el país estaba dividido entre colorados y blancos. Largos períodos de ejercicio del gobierno los de los primeros; breves, pero suficientes para dar la medida, los de los segundos.

Ahora, por primera vez en la historia del país, una fuerza nueva entra a disputar, en un mismo pie de igualdad, el favor de la ciudadanía. Las cifras de noviembre darán idea de hasta dónde ha calado en la conciencia popular, la irrupción del Frente Amplio. Pero ya se sabe que, cualesquiera sean los resultados, esta próxima confrontación será una toma de posición definitiva. Porque la movilización popular que dio origen al Frente, marca, inequívocamente, el principio del derrumbamiento de los partidos tradicionales, y la iniciación de un proceso renovador de carácter irreversible. Sobre la agónica sobrevivencia de aquéllos, el Frente Amplio abre un horizonte de esperanza.